

EL HUMANISMO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Jean Franco



L parecer, el humanismo de Pedro Henríquez Ureña no requiere comentario. Todos sabemos que el humanismo se basa en la posibilidad del perfeccionamiento humano sin necesidad de la religión, sustituyendo la moralidad cristiana por normas éticas humanistas. En esta aceptación común y corriente de la palabra, la calificación “humanista” podría aplicarse a la mayoría de los intelectuales y escritores del siglo pasado. Sin embargo, en cuanto consideramos el humanismo en un contexto histórico específico —el final del 19 y principios de este siglo— y, en relación con un fenómeno particular, el auge en círculos intelectuales de los *men of letters*, (1) el humanismo empieza a perfilarse en una forma más nítida. Aunque la frase inglesa “men of letters” no tiene traducción en castellano, refiere con exactitud a un grupo de pensadores cuyo púlpito —como señaló Carlyle— era el libro impreso. “The Hero as Man of Letters... is altogether a product of these new ages; and so long as the wondrous art of Writing, or of Ready-writing which we call Printing, subsists, he may be expected to continue, as one of the main forms of Heroism for all future ages.” (2) Dotado de una

cultura general que se basaba en las lecturas literarias y filosóficas, el “man of letters” se oponía a los tecnócratas y también a los puritanos. Para tales intelectuales — me refiero a Mathew Arnold en Inglaterra, a Renan en Francia, a los krausistas en España, Rodó en América Latina— existía una ética humana universal y eterna que se podía captar a través de la tradición literaria y filosófica. La familiaridad con la obra de los mejores pensadores de la civilización occidental tenía, según ellos, que influir benéficamente en los estudiosos que así llegarían a constituirse en hombres ejemplares, capaces de guiar moralmente a la parte menos iluminada de la humanidad. Únicamente al ahondar en las obras de estos pensadores nos damos cuenta de que también el humanismo se plasma como la solución ideológica a un problema concreto —el de la lucha de clases— agudizada en el siglo 19 no solamente por las aspiraciones de los de abajo, sino por la ideología competitiva y materialista de la sociedad industrial. La formulación más explícita se encuentra quizá en el ensayo *Cultura y Anarquía* (1869) de Mathew Arnold (3). En este ensayo analiza los intereses y actitudes de tres clases —los aristócratas (que denomina “bárbaros”), la clase media (los “filisteos”), y la plebe — para demostrar que ninguna de estas clases podría actuar como guía moral para la sociedad entera. Ante el peligro de la vulgaridad norteamericana (moral, intelectual y social) sugiere Arnold el estudio de “lo mejor que se conoce y que se ha pensado en el mundo”; sólo así podría la sociedad exponerse a la dulzura y a la luz que tanto necesitaba el mundo moderno. Para poner en efecto este programa y contrarrestar la anarquía de la sociedad de libre competencia, Arnold confiaba en el Estado, que consideraba por encima de los intereses de clase. A diferencia de muchos intelectuales posteriores, que se consideraban en pugna con las instituciones, Arnold asociaba al Estado con la cultura, en el trabajo común de forjar el porvenir y crear un ambiente de armonía en el cual todos podrían desarrollarse.

El pensamiento de Renan, a pesar de sus antecedentes positivistas y evolucionistas, tiende al mismo problema de la

lucha de clases y de la anarquía creciente que de allí parecía derivar. Como Arnold, propone una solución cultural. En una obra temprana, "El porvenir de la ciencia" (escrita en 1848/9 y publicada en 1890), afirma que todo lo malo de la humanidad surge de la falta de cultura. Ni la aristocracia ni la democracia son capaces de constituir normas éticas para la sociedad moderna en la cual la clase baja es "inmoral y peligrosa". Por eso, urge aumentar la gran familia de los ilustrados y ofrecer a todos un lugar en el "banquete de luz". (4) Queda claro que tanto para Renan como para Mathew Arnold, la democracia y la igualdad encierran un gran peligro para la jerarquía de valores que ubica al intelectual en una posición "noble" y por "encima del combate." Como consideran al pueblo una especie de cuerpo irracional, el gran problema es asegurar que la cabeza domine al conjunto. Mucho más tarde, en los años veinte de este siglo, los herederos de este humanismo —hombres como Ortega y Gasset en España y F. R. Leavis en Inglaterra—, ya no hacen hincapié en la integración de las masas a la alta cultura y se resignan a que una minoría encarne la tradición y las aspiraciones humanistas.

Sin embargo, sería equivocado considerar que el humanismo inevitablemente desemboca en el elitismo. Los grandes problemas de los intelectuales del siglo 19 abarcaban no solamente la masificación de la cultura, sino también las limitaciones de la burguesía como bloque de poder, puesto que aquellos carecían de la legitimidad "natural" de los aristócratas. El humanismo viene a colmar un vacío en el corazón del capitalismo que había sacrificado el perfeccionamiento humano para transformar al trabajador en mercancía. Se explica por lo tanto, que el humanismo tenga, además de una tendencia elitista, una dimensión contestataria y crítica de la ideología dominante. "El humanismo socialista" de Lukacs (por ejemplo) es una extensión lógica de la tradición que valoriza "el hombre total" y que remonta hasta *La educación estética del hombre*, de Schiller.

Volvamos a Carlyle, para quien el héroe moderno era un

profeta cuyo oráculo era el libro. El arte de escribir, declaraba, es “algo milagroso; el libro cumple milagros.”

With the art of Writing, of which Printing is a simple, an inevitable and comparatively insignificant corollary, the true reign of miracles for mankind commenced. It related, with a wondrous new contiguity and perpetual closeness, the Past and Distant with the Present in time and place; all times and all place with this our actual Here and Now.

Tal opinión exaltada no podía menos de cundir en América Latina donde el libro impreso relacionaba a los intelectuales en pie de igualdad con los lectores metropolitanos. Claro está; no se necesitaba haber leído el ensayo de Carlyle para sentir, como Rodó, la biblioteca como un recinto consagrado por la “noble presencia de los libros.” Los escritores de las primeras décadas de este siglo eran casi siempre grandes lectores y muchas veces grandes coleccionistas de libros (como Alfonso Reyes y Neruda, para nombrar dos personajes muy diferentes); cuando no, grandes bibliotecarios como Ricardo Palma, González Prada y Borges. No es de sorprenderse, por lo tanto, que para las generaciones de intelectuales latinoamericanos, el libro se ofrecía también como el remedio de los males sociales. Como a diferencia de Europa, el libro era relativamente escaso, el intelectual se convertía en transmisor y reproductor de ideas; en otras palabras, en “maestro”, calificativo que tenía resabios de heroísmo.

Quizás por esta razón el Próspero de Rodó (a diferencia del Próspero de Renan) se convierte en un “viejo y venerado maestro” quien habla “con su firme voz —voz magistral, que tenía, para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena.” (5) En América el libro todavía necesitaba lo que Borges (hablando de Pedro Henríquez Ureña) llama, “el inconfundible magisterio de la presencia.”

Los maestros eran los nuevos apóstoles del mundo moderno. Así Alfonso Reyes se refería al trabajo de Pedro

Henríquez Ureña, del “apostólico Pedro” que “representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus.” (6) Y el mismo Henríquez Ureña, rindiendo homenaje a la obra de Gabino Barreda, allá por 1907 en México, se refiere al trabajo del educador como tan inmarcesible, “que a través de los tiempos cada generación consciente vuelve la mirada a la labor cumplida, mide y celebra sus beneficios y, al ceñir de aureolas la figura del maestro, descubre en la acción ejemplar inspiraciones para la propia labor.” (7)

La palabra “ejemplar” es importante. Señala el hecho de que el maestro era la encarnación viva de un ideal. Era una actitud que asumía conscientemente Gabriela Mistral e inspiraba a Vasconcelos a mandar a los maestros como “misioneros culturales” para redimir a los pobres. Se recuerda también que el primer número de la revista *Amauta*, dirigida por José Carlos Mariátegui, incluía una carta a los maestros del Perú “de cuya obra de amor absoluto y de razón pura depende la felicidad de los pueblos de mañana.”

El manual del humanismo en América Latina era sin duda *Ariel* de Rodó. Para Rodó existía una corriente que unía lo más imperecedero de lo humano y que se resumía en la estatua de Ariel de Shakespeare, que significaba “ideal y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres.” De ahí la importancia de la tradición intelectual, porque: “De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal.” (p.24).

Como comentó acertadamente Pedro Henríquez Ureña poco después de la aparición de *Ariel*, el propósito de Rodó era “contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos.” (8) Pero también tenía la convicción de que el porvenir de América estaba en manos de una aristocracia

de las mejores, destinada a iluminar “el rebaño humano.” “Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.” (p.224) Como los humanistas europeos, Rodó se apoya en la convicción de que la cultura está por encima de la lucha de clases y, aún más, de que podría conducir a la formación de una sociedad armónica en la cual se respetaría la hegemonía *natural* de los intelectuales. Vislumbra una democracia en la cual, “toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura.” (p.224) No necesito hacer hincapié en la carga ideológica de este lenguaje en que se mezcla el vocabulario evolucionista con el religioso; ayuda a explicar por qué muchos intelectuales latinoamericanos se consideraban apóstoles del humanismo, y se atribuían un papel muy especial como guardianes y transmisores del espíritu de la raza latina.

La importancia de la tradición humanista y en especial de la cultura clásica para la generación de Rodó, se debía en gran parte, a la necesidad de colmar el vacío ideológico en naciones dirigidas por oligarquías cuya única forma de mantenerse en el poder era la represión. En México, donde Pedro Henríquez Ureña había llegado en 1906, esta tradición clásica se ofrecía como la negación del positivismo reinante. Participó en las conferencias con que la juventud mexicana inició su oposición a la ideología dominante del porfiriato. Aunque nunca se realizaron las conferencias sobre Grecia que se habían proyectado, reconoció más tarde que con las lecturas de los autores griegos, “renació el espíritu de las humanidades clásicas en México.” A su vez, esta lectura influía en forma benéfica en la vida intelectual puesto, que “cultura basada en la tradición clásica no puede amar la estrechez.” (9) Menciona especialmente la lectura del *Banquete* de Platón que “se convirtió en sangre nuestra” y los mitos de Dionisios, de

Prometeo y de la casa de Argos “que nos servirían para verter en ellos concepciones nuestras”. (10) Otros de su generación llevarían esta influencia muy adentro; Vasconcelos, por ejemplo, durante su período en el Ministerio de Educación publicaría los clásicos con el propósito de ilustrar a los nuevos alfabetizados, y Alfonso Reyes, en su “Discurso por Virgilio”, reclamaría el latín para las izquierdas y encontraría en Virgilio el modelo ideal del pequeño propietario ejidatario. (11) Pero para Pedro Henríquez Ureña, la cultura clásica tenía importancia porque enseñaba, además del perfeccionamiento individual, la disciplina y la razón. “El griego —declaró en una ocasión —creyó en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como prefiguración de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor. El griego no negó la importancia de la intuición mística, pero a sus ojos, la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había que alcanzarse por la *sofrosine*.” (12) Y vuelve a insistir, en otra ocasión, en que Grecia era no solamente “mantenedora de la inquietud del espíritu, del ansia de perfección, maestra de la discusión y de la Utopía, sino también ejemplo de toda disciplina.” (13) Esta insistencia era consecuencia de su crítica de los pueblos americanos cuyo defecto principal era, según él, “la romántica pereza.” “En América, si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina...” (14) declara en sus *Seis ensayos* y afirma también que “en el futuro, sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura.” (15) “Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza.” (16)

Esta valorización de la cultura griega como “fuente de disciplina moral” se debe quizás algo a Mathew Arnold, a quien menciona varias veces en sus ensayos y conferencias. Al igual que Mathew Arnold, consideraba que la cultura podría contrarrestar no solamente los defectos de la pereza y de la

ignorancia sino también la anarquía. La amenaza de la anarquía cobraba nueva fuerza durante “los años terribles” de 1913 a 1916 en México, cuando observaba el caos de la Revolución. Como muchos de los antiguos participantes en el Ateneo de la Juventud, le causaba la Revolución cierta aprensión por “la biblioteca dispersa” y también por la perspectiva de la disolución social. En su opinión, estos años “hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina.” (17) De allí también la importancia que atribuía en esos momentos a los trabajos de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional y la defensa que hace de sus profesores (defensa muy arnoldiana), en 1914. Contra los que abogaban por la educación práctica, Henríquez Ureña elogia la salud y la paz que resulta del acercamiento a la cultura humanística. La educación en la cultura de las humanidades, (básicamente en la cultura griega y latina y la gran literatura occidental) ejerce un “sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior.” (18) El conocimiento del antiguo espíritu griego es “para el nuestro moderno, fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia pristina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual.” (19) Su máximo elogio se reserva, por lo tanto, para los humanistas que están trabajando por la reconstrucción de la cultura nacional en México, convencidos de que la educación “entendida en el amplio sentido humano que le atribuye el griego —es la única salvadora del pueblo.” (20)

No solamente los clásicos, sino el estudio de las humanidades en general puede contribuir a preparar a la juventud en lo que Rodó llamaba “la profesión del hombre”. En este respecto, como F. R. Leavis en Inglaterra y I.A. Richards, Henríquez Ureña insistía en la importancia del juicio y de la discriminación que aportan los estudios literarios. Aun en el nivel primario, la literatura estimula la afición a la lectura que es el fundamento de todos los estudios posteriores. (21)

La comparación con los ingleses no es exagerada; como ellos, exigía de la literatura una preocupación moral y lamentaba la tendencia de la vanguardia de convertirla en juego. Como Leavis, consideraba la discriminación y el juicio como la función principal de la crítica literaria. La idea de la separación de la literatura de la vida le era por lo tanto completamente ajena, puesto que la dedicación a la cultura tenía que regir todos los otros aspectos de la vida tanto del individuo, como de la sociedad o la raza. Esta actitud se transparenta tanto en *Literary Currents in Latin America* (1945) como en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. En ambos, la historia de la cultura es la de una constante búsqueda de individuos representativos. Como declara al principio de *Literary Currents*, "In a time of doubt and hope, when political independence had not yet been fully achieved, the peoples of Hispanic America declared themselves intellectually of age, made their own life their "proper study", and set out on the quest for self-expression." (22) La historia literaria consiste en relatar la vida y la obra de estos individuos, juzgándolos tanto por el esfuerzo como por el contenido o forma que adoptaron sus escritos. Juntos, ellos perfilan la nación y la raza ideal, la que perdura y mantiene viva la esperanza utópica del perfeccionamiento humano. "La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles", escribe: "Es una de las mayores creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor." (23).

Con Alfonso Reyes, con Vasconcelos y otros de la generación humanista, comparte esta visión utópica del destino de América. De allí sigue que la cultura misma, y sobre todo la literatura, tiene que mantener y actualizar una visión que tiende al perfeccionamiento individual y social. De paso, es interesante que otro antillano, Alejo Carpentier, expondría la ambigüedad de esta visión en *Los pasos perdidos* y luego en *El siglo de las luces*. Sin embargo, hasta muy recientemente la Utopía de América seguía inspirando una fuerte corriente americanista en la cultura del continente. (24)

Pero el humanismo idealista de Pedro Henríquez Ureña no carecía de una dimensión práctica. Con el transcurrir del

tiempo, reconocía cada vez más la necesidad de la reforma política y social como condición primordial para un florecimiento cultural. Al respecto, la experiencia de la Revolución Mexicana era de gran importancia, y sin duda su creciente simpatía por las reformas pos revolucionarias se debía en parte a su casamiento con Isabel Lombardo Toledano y su amistad con Vasconcelos. (25) La Revolución Mexicana, como más tarde reconoció, había creado las condiciones para “el nuevo despertar intelectual” de los años veinte, que hubiera sido imposible sin el cambio social. “No es sólo que se le brinden (al pueblo) —escribe— mayores oportunidades de educarse; es que el pueblo ha descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho de educarse.” (26) Después de la Revolución empieza a discrepar del idealismo de Mathew Arnold, y en la ocasión de una visita a España escribe un ensayo sobre “El espíritu y las máquinas.” Pensando seguramente tanto en América Latina como en España, hace notar en este ensayo que el proyecto de propagar “dulzura y luz” por toda la sociedad no puede hacerse si no existen ciertas garantías. La gran tradición ética de China no había salvado a este país de las incursiones extranjeras; por lo tanto, aunque “el espíritu debe interesarnos más que el progreso en el orden material o mecánico”, sostiene que “el progreso en tales órdenes debe ser garantía de la integridad del espíritu.” (27) Su distinción en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* entre una América “buena” y una América “mala” se basa en la existencia o no existencia de estas garantías. Sin embargo, la intervención de su generación en política, estimulada por la convicción de que formaban una aristocracia de las mejores, les procura bastantes amarguras, como demuestra el caso de Vasconcelos en México. Seguramente también le proporcionaba su propia experiencia, cuando entre 1931–3 acepta el cargo de Superintendente General de Enseñanza de la República Dominicana durante los primeros años de la dictadura de Trujillo. (28)

Lo que vislumbraba y temía al final de la vida era la masificación de la cultura y la dominación de civilizaciones que prescindían de la alta cultura. Ya había asistido a la merma de

las artes populares “bajo la opresión de la imprenta, el cinematógrafo, el fonógrafo y la radiotelefonía, invenciones de genio esclavizadas para servir de instrumentos a la mediocridad presuntuosa.” Mientras tanto asistía también al empobrecimiento de la alta cultura que ya perdía “su antigua función trascendental.” (29)

Huelga decir que en nuestros días esta situación se ha agudizado. La cultura general cede a la tecnología; es el ingeniero y no el humanista quien parece ser el personaje más representativo de nuestra sociedad. Hay más: El humanismo ha sido atacado duramente por la crítica por su exaltación errónea y hasta peligrosa del sujeto. No necesito citar a Foucault, para quien el sujeto es un pliegue en el conocimiento, destinado a borrarse como una cara dibujada en la arena. (30)

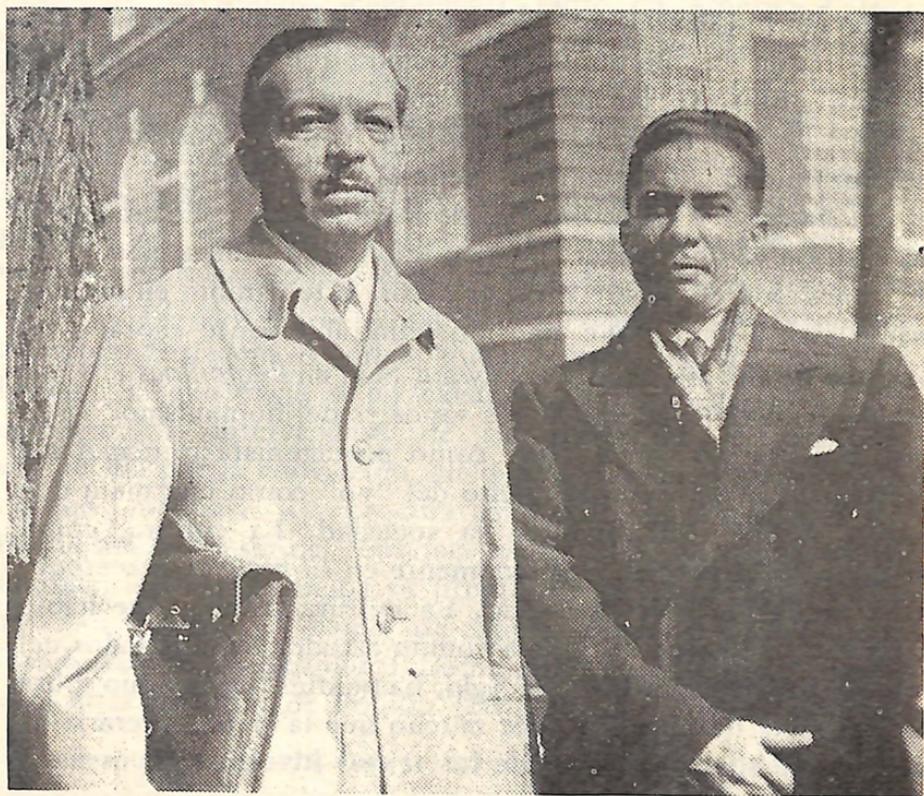
Indudablemente se ha abierto un abismo entre la generación nuestra y la de Pedro Henríquez Ureña. La idea de una corriente, de un hilo conductor humano que atraviesa todas las grandes obras, se ha sustituido con una actitud de rechazo radical de lo anterior, de ruptura con el pasado y de discontinuidad. La cultura general se sustituye con la especialización y la autonomía de los distintos conocimientos. La historia ya no es madre de las disciplinas; es ahora un sistema de conocimientos entre muchos otros. Este cambio en nuestra visión del mundo, que ha sido admirablemente captado en algunos de sus aspectos por Edward Said en *Beginnings* (1976), ha afectado profundamente los soportes del humanismo. Ya es difícil de reconocer el “yo” como protagonista principal del mundo, ni el perfeccionamiento del “yo” como una meta que pueda influir para bien en la sociedad. La cultura, como demuestra Carpentier magistralmente en *El recurso al método*, no conduce al buen gobierno. La cultura clásica, que había proporcionado una mitología común a todos los ilustrados del mundo occidental a fines de siglo, ha perdido su dominio sobre los estudios literarios. Y hace mucho que la crítica literaria ha dejado de buscar a través de los textos literarios un mensaje moral y humano.

No quiero terminar en una nota pesimista. Es evidente que

sin el humanismo hubiera sido imposible la obra del joven Vasconcelos, de Reyes y de Henríquez Ureña y de muchos otros escritores latinoamericanos de la misma generación. Era el humanismo la forma en que concebían sus relaciones con la sociedad y la lógica que les permitía construir su pensamiento. Dedicarnos a la obra de la reconstrucción del humanismo no quita a sus adeptos su importancia en la labor de formar una tradición de crítica literaria en América Latina, ni significa que restamos utilidad a su trabajo.

Stanford University

Jean Franco



Pedro Henríquez Ureña con Emilio Rodríguez Demorizi, en la Universidad de Harvard, 1941.